



PRIMERA PARTE ^a
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA ^b



CAPÍTULO PRIMERO

° Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo 5
Don Quijote de la Mancha

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y que- 10

a. Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Parte primera. BR.3, AMB., TON. — El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Parte primera. PELL., ARR., ARG.1. — El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Man-

cha. Primera parte. ARG.2. — Don Quijote de la Mancha. Primera parte. RIV., GASP. — Don Quijote. FK. — Omite el título. BENJ. = b. Libro primero. BR.3, AMB., TON. = c. Suprimen: Que trata. BR.3, AMB.

Línea 7. *En un lugar de la Mancha.* — «Con estas palabras se alza el telón para representar la comedia más original, más chistosa, más amena y más trascendental; el parto más descollante de la imaginación humana.» (MOR DE FUENTES. *Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra.* — Barcelona, 1835.)

La leyenda de que el *Quijote* se escribió en la cárcel de Argamasilla de Alba *está de cuerpo presente*, ha dicho en frase gráfica el promovedor del tercer

brantos los sábados, lantejas^a los viernes,^b algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo^c para las

a. ...lantejas los viernes. MAL., FK. | nes y algún. TOX. = c. ...calzas de ve-
Covarrubias dice lanteja. = b. ...vier- | lluda: err. BR._{1,2}.

centenario del *Quijote*; y nosotros, empleando el método de la *coartada*, llamémoslo así, hemos demostrado, al comentar la frase del prólogo: *bien como quien se engendró en una cárcel...*, que ésta no fué ni pudo ser la de Argamasilla, y que si no se ha de tomar en sentido metafórico, como pretendía Benjumea, el dicho de Cervantes, la cárcel donde se concibió y trazó el plan de la obra, donde se *engendró* la mejor novela de la *literatura del mundo* ó *universal literatura*, que decía Goethe, fué la de Sevilla, honor que no cabe á ninguna otra.

9 (pág. 49). ...*adarga antigua*.—Escudo ovalado ó de figura de corazón, formado de cueros dobles, engrasados ó cosidos. Las adargas más duras y resistentes eran de cuero de vaca, por cuya razón se llamaban *vaceries*. Las había grandes de barrera. Proviene esta voz de la arábica: *adarca*.

«Lambaxador viu al cap del lit del Rey un altra darga e una spasa, e encontinent los pres, e despullat en jupo, ana vers lo mirador on lo Rey era... E alçant lo braç, verdugueia la spasa; lo leo, qui viu lo mouiment del braç, vench a ell fort prest. Curial laten ab la darga dauant, e laspasa alça ab aquella vista tan segura e la cara tan ferma, que tot hom sen marauella.» (*Curial y Guelfa*, III, 72.)

10 (pág. 49). ...*salpicón las más noches*.

«¡Pardiez! más precio poner,
Pascuala, de madrugada,
Un pedazo de lunada...
Y cenar un *salpicón*
Con su aceite y su pimienta,
Yirme á la cama contenta,
Y al inducas tentación.»

(LOPE DE VEGA. *Fuente Ovejuna*, jorn. I.)

Tal es la modestísima cena que Laurencia prefiere á

«Cuantas raposerías
Con su amor y sus porfias»

tienen los bellacones, como el Comendador mayor de Calatrava; y no era otra la que D. Quijote, como hidalgo que había venido á menos, *cenaba las más noches*.

10 (pág. 49). ...*duelos y quebrantos*.—El lector que haya tenido la paciencia de consultar las trece ediciones del *Diccionario* de la Academia, se habrá persuadido de cuán difícil es entender este punto del *Quijote*.

Desde 1732, en que se publicó el tercer tomo del *Diccionario de Autoridades*, hasta la quinta edición de 1817, creía tan docta Corporación que por *duelos y quebrantos* se había de entender la *tortilla de huevos y sesos* que se hace en la Mancha.

En 1797 aparece el comentario de Pellicer, en el que el erudito cervantista da la ingeniosa interpretación de que: «Era costumbre en algunos lugares de

fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los

la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morían ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne, deshuesada y acecinada, se hacían y hacen salones. De estos *huesos quebrantados* y de los extremos de las mismas reses se componía la olla en tiempos en que no se permitía, en los reinos de Castilla, comer los sábados de las demás partes de ellas, ni grosura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV. Esta comida se llamaba *duelos y quebrantos* con alusión al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado y el *quebrantamiento de los huesos*.»

¿Por qué no aceptó la Academia, en la cuarta de sus ediciones (1803), la explicación dada por Pellicer en 1797, y le da cabida en la edición de 1817, interpretación que ha repetido en las ediciones sucesivas?

Menos cierta que deslumbradora, á la interpretación de Pellicer se pueden y deben hacer algunos reparos: como el de no constar que D. Quijote tuviese ganado lanar, ni ser cierto que irremisiblemente se desgraciaran todas las semanas á los ganaderos parte de sus reses, ni que el privilegio de que se habla fuese exclusivo de Castilla, ni tan restrictivo como se supone.

Otro de los reparos nace de lo que se lee en un documento de 1594, desempolvado por Morel-Fatio (1): «En los sábados se podía comer libremente cabezas ó pescuezos de los animales ó aves, las asaduras, las tripas y pies, y el gordo del tocino, excepto los pernils y xamones.» (*Descripción de las cosas curiosas y necesarias de saberse á los que partieren de Irún para Madrid*.—Biblioteca Nacional de París.—*M.SS. esp.* 284, págs. 34 á 38.)

Ahora bien: si la olla, más ó menos substanciosa, que D. Quijote comía los sábados estaba compuesta (ciertamente de ello se componía) de tales despojos, no parece haya fundamento para seguir afirmando, con Pellicer, fuese causa de *duelo y quebranto*, ya que los susodichos *despojos* sólo en casos excepcionales (y el de que aquí se trata no lo era, por lo dicho anteriormente) servían de regodeo y complacencia. Tampoco será proceder de ligero afirmarse en esto, habida consideración á lo ordenado en la *Recop. de Indias* (lib. I, tit. 19, l. 30, cap. 3): «De las reses que se mataren en la *carnecería* para el abasto común, se den á los Inquisidores y Ministros todas las semanas los *despojos* de diez reses.» De donde se deduce que no había motivo para *duelo y quebranto*, antes bien de satisfacción, como la que rebosan los tres últimos versos de este pasaje de Lope:

«..... Esa mujer,
Que habéis perdido, escudero,
Está en casa con Octavio
Almorzando unos torreznos
Con sus *duelos y quebrantos*.
— Tal me vinieran los duelos...»

(*Las bazarrias de Belisa*, I, esc. 9.)

Queda, pues, subsistente la duda de lo que deba entenderse por *duelos y quebrantos*.

(1) *L'Espagne au XVI^e et au XVII^e siècle*.—Heilbroun, 1878.

veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna

1 (pág. 51). ...con sus pantufllos. — Especie de calzado sin ataduras y sin talón, que servía para estar con más conveniencia en casa; voz aquí muy en su lugar, atendida la edad de D. Quijote, como es de ver por el siguiente pasaje: «Es privilegio de viejos que puedan traer en el invierno... pantufllos y ser-villas en los pies.» (GUEVARA. *Epistolas familiares*, XV.)

Parece que los de Córdoba tenían fama:

«Y el pantufllo cordobés,
Que tanto celebra á Nise,
Si el amor le da licencia
Para que su mal publiquen,
Y entre las penas y glorias
Que mueran y resuciten.»

(LOPE. *Romance* 31. — Biblioteca Rivadeneyra.)

Se lee, en el *Diccionario* de la Academia, que servían para estar en casa; mas, por el ejemplo que sigue, se deduce que también se salía á la calle con pantufllos:

«Aguardalle en una esquina
De un broquel quebrado el brazo,
Y aguardando un pantuflazo
Si celoso se amotina.»

(LOPE. *La Dorotea*, act. 3.º)

No tenían tacón, pero de los efectos de un pantuflazo se puede juzgar por la calidad de las suelas:

«¡Oh bienaventurados pantuflazos, que con vuestras duras suelas á los tales animales acertar pudisteis!» (*Carta de D. Diego de Mendoza, en nombre de Marco Aurelio, á D. Feliciano de Silva.*)

2. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. — Refiriéndose, como se refiere *toda la acción* de la fábula, á la locura de D. Quijote, no há menester, el lector, de antecedentes relativos á la vida del héroe en los años que precedieron al en que comienza la narración.

Si el empeño de desacreditar el clasicismo de griegos y latinos no fuese hoy tan notorio, bien podría citarse aquella sentencia de Horacio en su tan conocida *Epistola á los Pisones*:

«..... in medias res,
Non secus ac notas, auditorem rapit...»

4. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada. — Si cupiesen las puntualidades de la verdad en la esfera de los hechos relatados por la fábula, como con sabrosa ironía acaba de decirnos Cervantes en el prólogo, viéranse entonces muy comprometidos, por usurpación de nombre, el historiador y su héroe. Mas ¿qué importan al interés estético de la narración las vacilaciones en lo que mira al apellido del hidalgo manchego? No le daña, antes bien

diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles^a se deja entender que se llamaba Quijana^b. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías^d con tanta afición y

a. ...verosímiles. C.₃, BOW., PELL. =
b. ...se llamaba Quejana. C.₁, L._{1,2}, FK.
— ...Quijada. BR.₃, AMB. — ...Quijano.
RIV., ARG._{1,2}, BENJ. Algo más que Cide

Hamete Benengeli, debía conocerle Pedro Alonso, vecino de su lugar, y le llamó Quijana. = c. ...que en este sobredicho. V.₁. = d. ...caballería. L.₂.

hace asomar la risa á los labios del lector aquella gravedad cómica con que se afirma: «...por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana»; y luego, también en el mismo tono, se nos hace saber que: «...al cabo se vino á llamar D. Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir.» (I, 1.)

Sin perder un ápice de esa gravedad, se insiste en el capítulo 5.º: «...apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo: — Señor Quijada (que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ...ni vuestra merced es Valdovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada.»

¿Por qué, repetimos, hacer blanco de agria censura lo que no constituye sino una nota cómica? ¿Qué dulce es oírle decir: «...las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierrez Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo á los hijos del Conde de S. Polo!» (I, 49.)

Lo ridículo de la situación nace de la simplicidad de los comentadores que, empeñados en buscar contradicciones, arguyen á Cervantes de olvidadizo porque allá, al fin de la obra, escribió:

«Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno.» (II, 74.)

«Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo: — Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno.» (II, 74.)

«...en tanto que D. Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué D. Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato.» (II, 74.)

«Fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.»

«...item, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse...» (II, 74.)

«Viendo lo cual, el cura pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente D. Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida y muerto naturalmente.» (II, 74.)

¿No sorprende, pues, que todo un Hartzbusch ponga pleito á los que no adoptaron para el principio de sus ediciones la variante Quijano? ¿Y que el estrado Benjumea lo estampase así en la segunda página de su vistosa edición!

gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas^a de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en^b que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos, y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas^c razo-

a. ...muchas fanegas de tierra. FK. = — c. ...intrincadas. TOX. — ...intricadas.
b. ...caballerías que leer (omiten en). PELL. — ...entrincadas. GASP. — Intrica-
das decía Covarrubias.
C.³, BR.^{1,2}, A.³, ARR., CL., RIV., GASP.

6. ...como los que compuso el famoso Feliciano de Silva. — Del hastio que estos libros debieron de causar en el ánimo de Cervantes, dará idea el siguiente extracto, cuya lectura pueden ahorrarse los que no junten á la paciencia de benedictino el deseo de curiosidad bibliográfica:

Los hechos de *Lisuarte de Grecia*, *Amadis de Grecia*, *Florisel de Niquea* y *Rogel de Grecia*, fueron la apelmazada labor de D. Feliciano de Silva, hijo del cronista del emperador Carlos I, nacido en Ciudad-Rodrigo á últimos del siglo xv. Perteneció á la servidumbre de D. Juan Alonso de Guzmán, sexto duque de Medinasidonia, y tuvo un hijo llamado Diego, que murió en América. Por la dedicatoria de su *Florisel* á la emperatriz D.^a Maria, se desprende que alcanzó edad muy avanzada.

El cronista Pedro Barrantes Maldonado nos dice que viniendo de Triana D.^a Ana de Aragón, nieta del rey D. Fernando el Católico, al pasar el rio por un puente hecho de barcas, hundióse éste, y allí hubiera perecido D.^a Ana, como las catorce dueñas, los caballeros y pajes que la acompañaban, sin el oportuno auxilio de D. Feliciano de Silva, que llegó nadando hasta donde ella estaba y, ayudado por un barquero, la salvó de una muerte segura.

Hé ahí las producciones de este abastecedor del mercado de novelas:

1.º El intitulado *Séptimo libro de Amadis de Gaula, que trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fiijo de Esplandián, y así mesmo de los de Perión de Gaula*. — Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1514.

Si bien en ninguna de las ediciones mencionadas en las bibliografías aparece el nombre del autor, sabemos que fué D. Feliciano de Silva por la cita que se lee del corrector al lector en el *Amadis de Grecia*, al decir que el *séptimo es Lisuarte de Grecia y Perión de Gaula, hecho por el mismo autor de este libro*.

Copia de las anteriores producciones del *Amadis*, si bien rebajando mucho la pintura del héroe, su argumento resulta enmarañado por lo difuso: combates atrevidos, como los de los reyes cristianos contra el rey Armato y los califas y emperadores de la India, Mesopotamia y Persia; sitios como el de Constantinopla y casamientos como el de Perión de Gaula con Gracileria y Lisuarte con Onoloria. El escenario en donde se desarrollan los hechos cambia con pasmosa facilidad del Occidente al Oriente de Europa, dándose fin á tan imaginaria producción con el nacimiento de Amadis de Grecia.

2.º *Amadis de Grecia*. — Véase la nota de la página 59.

3.º Buenos rendimientos producirían á su autor los libros séptimo y noveno de *Amadis*, cuando en los primeros dias de Julio de 1532 salía de la imprenta vallisoletana de Nicolás Tierri una obra intitulada: *Crónica de los muy valientes y esforzados é invencibles caballeros Don Florisel de Niquea y el*

nes suyas le parecían de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos^a, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal*

a. ...amoríos. ARG.¹, BENJ. — ...descarios. ARG.².

fuerte Anaxartes, hijos del muy excelente príncipe Amadis de Grecia, emendada del estilo antiguo según que la escribió Cirfea, Reina de Angines, por el muy noble caballero Feliciano de Silva.

Hay ediciones impresas, respectivamente, en Sevilla, 1546; Lisboa, 1566 y 1596; Zaragoza, 1568 y 1584; Valencia, 1582, y una sin lugar ni año de impresión.

La infinidad de personajes que en la obra figuran son parte al embrollo de su argumento: relátanse minuciosamente en él las proezas del hijo de Amadis de Grecia, su vuelta al cerco de Constantinopla, encantamientos como el de Amadis y diez caballeros más, magas como Urganda y Cirfea, é interminable serie de batallas; y, finalmente, pintanse las bodas de Florisel con Elena, Amadis de Grecia con Lucela, Anaxartes con Oriana, Falanges con Alaxtraxerea, el emperador de Roma con Armida y Zahir con Tembria, cuyos hechos son celebrados en Constantinopla y bendecidos por un enviado del Papa.

4.º Á los catorce años de haber publicado Feliciano de Silva su décimo libro de *Amadis*, salía de las prensas de Cromberger, de Sevilla, una obra que era continuación de los hechos de *Florisel de Niquea*, en la que se narraban *las grandes hazañas de los excelentísimos príncipes don Rogel de Grecia y el segundo Agesilao*.

Se supone escrita en griego por Galersis, traducida al latín por el gran historiador Filastes Campaneo, habiendo sido reimpresa en Salamanca en 1551, Sevilla el mismo año, Évora sin año, y en Lisboa 1566. Fué, la tercera parte de la *Crónica de Florisel*, dedicada á D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar y de Bañares, señor de la Puebla de Alcoer y Justicia Mayor de Castilla: ¡cosa singular! al mismo título á quien sesenta y un años después dedicaba Cervantes su novela contra los libros de caballerías.

Relátanse en el undécimo libro de *Amadis* los grandes hechos del hijo de Florisel y de la reina Elena, y los del segundo Agesilao, cuyas aventuras son quizá más disparatadas que las hasta aquí descritas.

5.º La anterior no fué la última obra caballeresca de Feliciano de Silva, sino que algunos años más tarde salía un segundo libro continuación del oncenno de *Amadis* y dedicado á la reina D.^a Maria, hija del emperador Carlos.

3. ...la razón de la sinrazón que á mi razón se hace. — Mófase Cervantes del enfático y enmarañado estilo de Feliciano de Silva, pues en el *Florisel de Niquea*, III, 2, aparece el siguiente pasaje: «¡Oh amor! ¿para qué me quejo de tus sinrazones, pues más fuerza en ti la sinrazón tiene que la razón?»; y en la *segunda Celestina* se lee: «¡Oh amor, que no hay razón en que tu sinrazón no tenga mayor razón en tus contrarios! y pues tú me niegas con tus sinrazones lo que en razón de tus leyes prometes, con la razón que yo tengo para amar á mi señora Polandria, para ponerte á ti y casarte con la razón que en ti contino falta.»

Visto esto, ¿será de maravillar le pusiese el sambenito del ridículo, aderezando á su gusto las frases que se leen en el texto, según costumbre, como iremos indicando?

manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía: los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y ^a os hacen merecedora ^b del merecimiento que merece la vuestra grandeza.

- 5 Con estas ^c razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles ^d el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le
10 hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle ^e fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun
15 saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

a. ...os fortifican, os hacen. ARG.^{1,2}, BENJ. = b. ...merecedora: err. C.³. = c. Con estas y semejantes razones. A.¹,

PELL., ARR. = d. ...desentrañarles el sentido. BR.³, AMB. = e. ...y darle fin al pie. MAI.

Corre parejas con el bajo concepto que de este escritor tenía Cervantes el de D. Diego de Mendoza, quien, en nombre de Marco Aurelio, dirigió á Feliciano de Silva una carta en extremo burlesca. Motéjale en ella sus innumerables é infinitas razones, y, parodiando su estilo, le dice:

«¡Ay de mí, que no hay en mí tal industria de sentimiento para sentir la industria de tu industria con la falta de mi falta!»

La epístola concluye así: «Á ti, Feliciano, salud, y paciencia para los que leen tus obras.»

3. ...y os hacen merecedora. — «¡Oh celestial imagen, cuánto agravio se hace á tu soberana hermosura, pues mereciendo el más alto asiento de los cielos, te consienten estar entre los mortales, y á ellos en no hacer á ninguno merecedor de merecerte, sino á mí, que si algún merecimiento para contigo tengo es por e. amor con que te amo!» (D. Olivante de Laura, II, 25.)

9. ...por grandes maestros que le hubiesen curado. — La voz maestro equivale á cirujano, como puede verse en los siguientes ejemplos:

«¿Quién vos hirió, don Tristán?
Heridas tengo de rabia,
Que no hallase maestro
Que sopiese de sanallas...»

(Romance de D. Tristán.)

«Y al que encontró no hubo menester maestro que lo curase, que muerto cayó en el suelo.» (Caballero de la Cruz, II, 79.)

Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre ^a cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Ingalaterra ^b ó Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo ^c, y que si alguno se le podía comparar
5 era D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasa
10

a. ...sobre el cual había sido. V.². = | AMB., A.², GASP., MAI. = c. ...al caballero de Febo. BR.².

6-8. ...Don Galaor... y que en lo de la valentía no le iba en zaga. — Hijo del rey Perión y de Elisena, D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, fué robado por un jayán cuando apenas contaba dos años y medio, quien le entregó á un ermitaño para que le educara. Mozo aún, le armaron caballero, y desde aquel día siempre salió victorioso en cuantos hechos tomó parte.

Para demostrar cuán exacta sea la afirmación de maese Nicolás, importa trasladar el final del relato en que se pinta su desafío con el terrible gigante Albadán, señor de la Peña de Galtarés, tan terrible, que contra él parecía inútil todo esfuerzo humano:

«Pero Galaor, que mañoso é ligero andaba, guardóse del golpe, é dióle en el brazo con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el hombro, é decendiendo la espada á la pierna, le cortó cerca de la meytad. El jayán dió una gran voz é dijo: «¡Ay cativo! escarnido soy por un hombre solo.» É quiso abrazar á Galaor con gran saña; mas no pudo ir adelante por la gran ferida de la pierna, é sentóse en el suelo. Galaor tornó á lo ferir, é como el gigante tendió la mano por lo trabar, dióle un golpe que los dedos le echó en tierra con la meytad de la mano; y el jayán, que por lo trabar se habia tendido mucho, cayó, é Galaor fué sobre él é matólo con su espada é cortóle la cabeza.» (Amadís de Gaula, libro I, cap. 12.)

8. ...ni tan llorón como su hermano. — Lo rápido de la cita hecha por Bowle, junto con el propósito de no aparecer copistas, nos ha llevado á buscar en el Amadís de Gaula la alusión del novelista:

«Así estovieron hablando, como oís, una gran pieza; mas Oriana, que lejos estaba, no oía nada dello, y estaba muy sañuda porque viera á Amadís llorar... É dijo Oriana (á Amadís) con semblante airado é turbado: — ¿De quién os membrastes con las nuevas de la doncella, que os hizo llorar?» (Lib. I, cap. 17.)

«É volviéndose á Gandalin, le tomó (Amadís) en sus brazos llorando fuertemente, é así lo tovo una pieza sin que hablar le pudiese.» (Lib. II, cap. 2.)

«Y desde esto hobo dicho, callóse y estovo desmayado una pieza del mucho llorar.» (Lib. II, cap. 3.)

«...mas Amadís lo alzó é lo tovo abrazado, veniéndole las lágrimas á los ojos con el mucho amor que le tenía...» (Lib. IV, cap. 28.)

ban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos^a como de pen-
5 dencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación

a. .. encantamientos. L. 1.², AMB., TON.

1. ...de claro en claro, y los días de turbio en turbio.

«Los moros habían puesto — un rey Fernando de paja,
Y un moro hecho de bulto, — que una azagaya le pasa;
Allí se enojó Pulgar, — con ira y cólera brava;
Deja caer la marlota, — metiendo mano á la espada,
Y al que encontró por delante — de claro en claro le pasa.
Llévanle la nueva al Rey, — que está dentro de la Alhambra;
Y cuando acudió con gente, — Pulgar en Santa Fe estaba...»
(Romancero de Durán, n.º 1115.)

«Hasta las puertas de Elvira — llegó á hincar su lanza;
Las puertas eran de pino, — de claro en claro las pasa...»
(Roman. de la muerte de Albayaldos.)

«A los corazones aparejados con aperebimiento recio contra las adversidades, ninguno puede decir que pase de claro en claro la fuerza de su muro.»
(La Celestina, act. XII.)

«Las saetas que antes decía que aviadas con el vigor del brazo traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enherboladas con gracia que pasan el corazón de claro en claro.» (F. R. LUIS DE LEÓN. De los Nombres de Cristo, lib. II, parte 1.^a)

«Le sobrevenían á deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que, embebecido y transportado en ellas, se le pasaban las noches de claro en claro sin sueño y le robaban el poco tiempo que él tenía señalado para dormir.» (P. RIVADENEYRA. Vida del P. Ignacio de Loyola, cap. 9.)

Dedúcese, por la lectura de los anteriores ejemplos, que de claro en claro significa, en el pasaje que comentamos: seguidamente, de un tirón, pasar la noche sin dormir.

El de turbio en turbio no ha de entenderse con poca claridad, según se indica en el Diccionario, ni mucho menos atocado, ni con las naturales y mínimas interrupciones del soñoliento, como se ha pretendido, sino todo el día.

A nuestro juicio, es una de las mil y mil ocurrencias inopinadas que tuvo Cervantes. Acababa de escribir la frase de claro en claro, que, bien examinada, en sentido literal, es una paradoja, puesto que se refiere á la noche; y al punto, como antítesis, ocurriósele la de turbio en turbio. Entrambas declaran la idea indicada por la sobrina cuando dice: «Muchas veces acontece á mi señor tío estarse leyendo, en estos desalmados libros de desventuras, dos días con sus noches.»

En prueba de que no andamos descaminados y de que la frase que se comenta es una de las mil ocurrencias inopinadas que tuvo el novelista, roga-

que era verdad toda aquella máquina de aquellas^a soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Rui Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente
5 Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio por-

a. ...sonadas soñadas. C. 1, L. 1.².

mos al entendido lector fije su atención en los dos ejemplos que siguen; y si, como entendido que es, conoce algún clásico anterior á Cervantes que empleara en caso parecido la alocución de turbio en turbio, despoje al autor del Quijote de la originalidad que aquí se le atribuye:

«El escultor que pasa toda la noche de claro en claro, como el día, esculpiendo sus imágenes.» (FR. LUIS DE GRANADA. De la oración y consideración, parte II, cap. I.)

«Las noches de claro en claro,
Los días de sombra en sombra
Los suelen pasar hablando.»
(ROJAS. La traición busca el castigo, jorn. 3.^a)

2 (pág. 58). ...se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. — «Derribar la mal fundada máquina de los libros caballerescos fué el pensamiento primordial del novelista; pero gemelo con este pensamiento, á un tiempo concebido y alumbrado en la fantasía de Cervantes, aparece el de la locura del andante, que es el accidente necesario — dice un ilustre frenópata — y el carácter específico de la invención, pues lo que fué D. Quijote lo fué por loco, por loco hizo lo que hizo, y su historia, sólo por serlo de un loco, produjo el inmenso bien literario y aun social que todos sabemos.»

4. ...el caballero de la Ardiente Espada. — El «novenio libro de Amadis de Gaula, que es la crónica del muy valiente y esforzado príncipe y caballero de la ardiente espada, Amadis de Grecia», vió la luz, si hemos de dar crédito al catálogo de la Biblioteca Colombina, en 1530.

De autor anónimo, según las primeras ediciones; la impresa en Sevilla en 1542, dice ser labor del fecundo Feliciano de Silva. Se finge escrita por el sabio Alquife, en Las Mágicas, en griego, trasladada al latín y después á lengua romance. Continuación del séptimo libro de Amadis, de argumento intrincado por aquel convertirse de caballeros y guerreros en frailes y monjes; con una conspiración que traman los reyes paganos para librarse del hijo de Lisuarte de Grecia y que, gracias al amparo del Pontífice, queda protegido el que «tenía estampada en el pecho una espada bermeja á manera de brasa y como tal quemaba»; nieto unas veces, biznieto otras, de Amadis de Gaula, y salpicada la narración con escenas pastoriles, mezcla desconocida en tal linaje de producciones: he ahí los principales rasgos de obra tan estupenda.

Sólo dos ediciones menciona Clemencin de tan enmarañado libro: la de Sevilla, en 1542, y la de Lisboa, en 1596. Nada dice de las impresas en Burgos, 1535; en Medina del Campo, 1564; y la de Valencia, en 1580, citada por Gargangos en el Catálogo razonado de los Libros de Caballerías.